

algo de ancestral. Cuando llega un célebre esgrimidor ó un eminente deportista extranjero á medirse con los de otra tierra y país, recuerda á los caballeros que iban á reinos extraños á probar las armas con otros justadores; los Guevaras, los Merlos, que llevaron á las ciudades de Austria y de Alemania en triunfo la bazarra española y portuguesa.

Las mismas discusiones y controversias que hoy suscitan los duelos, suscitaron los torneos; el primer soberano español que no fué un paladín, sino un gozillo—Felipe II,—les hizo cruda guerra y puso empeño en dar al traste con tan preciosa costumbre gótica. La decadencia de los torneos fué la decadencia de la Edad media, la desaparición del tipo guerrero y noble del período feudal. Al través de las edades, el gallardo justador, que era un monarca como don Pedro de Castilla, ó un valido arrogante como don Alvaro de Luna ó D. Beltrán de la Cueva, ha venido á parar en nuestro actual y asendereado *Caballero en plaza*, en el jinete jugador de sortija, en las parodias de los *carruseles*, ornato de las fiestas patronales...

Cuando á la justa entre caballero y caballero substituyó el ejercicio del deporte á la jineta y la lucha con el toro, recibió otro golpe rudo el nobilísimo torneo andaltesco, impregnado de poesía. Lo que empezó por valentía de magnates, el esperar el toro á pie firme, para atacarle con la espada, de frente y sin miedo en el impávido corazón, había de convertirse andando el tiempo en «el espectáculo más nacional» y en el oficio mejor pagado de cuantos pueden ejercerse por gente inculta, que sale del pueblo y que en el aplauso popular funda sus glorias y su provecho. Podrían imaginarse, presentar esta evolución los Manriques de Lara, los Céspedes, los Béjar, los Heredia, los Granada, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII? He aquí cómo se transforman los usos, las costumbres, cómo pierden la idea original, el espíritu que las animó y creó, hasta el punto de que no las reconocieran los que las implantaron. Una gallardía caballeresca se convierte en una democrática diversión; los próceres y magnates son reemplazados por cortadores, tripicalleros y manolos; lo que se hacía de balde y arriesgando la vida con gusto desdeñoso, se hace por billetes de Banco; á las cornadas de la valentía artística suceden las «cornadas del hambre...» Cambian las edades, las instituciones, los ideales, y el modo y la causa de la muerte de un toro simboliza ese cambio, en su esencia histórica...

* *

Respecto al duelo, es curiosa una de las opiniones acerca de su origen que recoge el libro á que me refiero... Supone que el primer duelista y *rieplador* fué el propio Satanás, desafiando á Dios. El ángel, al hacerse duelista, «se pasó á demonio.» No faltó tampoco quien viese al padre de los retadores en Caín, y con mayor fundamento, encontrase el primer «lanche de honor» en la singular batalla entre el gigante Goliath y David el hondero.

Sea como quiera, parece que la del duelo no es moderna invención. Cuando entre dos individuos surgieron cuestiones imposibles de dilucidar en otra forma, la lucha fué la solución. A veces los individuos se encargaron de representar á las colectividades; un encuentro entre dos ó más campeones evitó efusión de sangre á un pueblo. Recuérdese la contienda de los Horacios y los Curiacios. Y no cabe duda que si este sistema prevaleciese, nos ahorraría el derroche en armamentos, explosivos, blindajes, ejércitos y marinas de guerra, que desequilibra el presupuesto de las naciones fuertes. Tendría además la incalculable ventaja de suprimir para siempre los héroes anónimos, esos desventurados que perecen de un modo sublime y obscuro, sin que la patria conozca su sacrificio. Los que saliesen á campo raso para lidiar por el triunfo de su bandera, serían conocidos y celebrados como mereciese su hazaña y su valor, lo mismo los vencidos que los vencedores; y un bello gesto individual redimiría tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dinero, que podría elevarse un monumento de oro macizo á los campeones para eternizar su memoria.

* *

Desgraciadamente, la idea de la contienda personal ha quedado reducida á los casos de conflicto personal también; los duelos, desde siglos hace, no son más que *egoísticos*.

Hay que dividir la historia del duelo en dos períodos: uno, en que lo sancionaba la ley; otro, el actual, en que lo sanciona la costumbre y la ley lo prohíbe. Esta evolución de la idea del duelo encierra toda una filosofía social; expresa el cambio profundo de una sociedad constituida sobre la base del honor ca-

balleresco, y que se transforma en democracia, pero dentro de la cual persiste la aspiración á formar parte de las clases que acatan el código de la caballería y se engríen de adaptarse á sus prescripciones. En la sociedad antigua, los pecheros (el ejemplo es Sancho Panza y su modo de discurrir) no se molestaban en apelar á las fórmulas del duelo: dirimían sus diferencias á puñadas, á garrotazos, á traición—como pudiesen.—La lucha cortés se quedaba para los nobles; y éstos no podían combatir sin igualar las armas, sin la asistencia de padrinos que cuidasen de salvaguardar sus derechos. Hoy, que el duelo está penado por el Código, está honrado, respetado y encumbrado por la sociedad, y si el pueblo no lo practica con todos los requisitos (aunque no es raro en las clases más humildes el desafío con ribetes de caballería y á veces de bien nacidos), la clase media, apenas adopta la indumentaria que la distingue del pueblo—levita, sombrero de copa, guantes, cuellos planchados, etc.—acepta también las nociones del honor referentes al duelo; coloca el duelo (sea ó no serio, esto ya pertenece á lo individual) entre sus costumbres y deberes.

Los duelos pintorescos de antaño, que presenciaban el rey y la corte, que eran una especie de fiesta heroica, fueron poco á poco substituidos por los duelos clandestinos, en lugar oculto, en escondida plazuela ó calleja. El libro de Leguina nos informa de cómo, en aquellos tiempos que generalmente se consideran de lealtad puntillosa, eran frecuentes las tretas y engaños para defraudar al adversario, usando de malas artes. Espadas de vidrio, que se rompían, espadas más largas de lo debido, ó empavonadas en la punta para que se las creyesen más distantes; vainas con contera de papel de plata, para herir al adversario sin desenvainar; vainas abiertas facilitaban al felón la victoria en los encuentros sin testigos, bajo el farol del Cristo ó cerca de la reja mohosa.

Son tales noticias un consuelo para los duelistas contemporáneos que infringen las leyes de la caballería, porque demuestran que en todo tiempo se han cocido habas en puchero sucio. Y hasta pudieran los que inician duelos para terminarlos con actas, sin otras consecuencias graves que el gasto de papel y tinta, suelas de botas de padrinos y carreras de simones, escudarse con el ejemplo y el precedente nada menos que de insignes caudillos y monarcas muy grandes, que se enviaron heraldos y carteles de desafío en términos arrogantes y fieros, para quedarse luego tranquilamente en su casa tomando el fresco ó el sol. Tal hicieron Francisco I de Francia y Carlos V de Alemania; D. Pedro de Aragón y don Carlos de Sicilia; Fernando el Católico y el rey de Portugal; y tal estuvo á pique de hacer, aunque desistió por prudencia, Luis XIV con el emperador Leopoldo. Por donde se ve que no es tan fácil hinchar un perro, y que por ventura los vasallos salieron con mayor lucimiento que los reyes en esto de lances de honor y fortuna.

* *

Debe advertirse—y no es de las menores singularidades que observo en la costumbre del duelo—que desafiarse casualmente en presencia del rey era considerado como gravísimo delito, y castigado con las penas más severas, hasta la de muerte: en cambio, desafiarse bajo la inspección y dirección del rey, en campo cerrado, era el punto más crítico y fino de la caballería y de la dignidad. Poco á poco, sin embargo, á medida que el duelo se generalizaba, surgió la represión. Con rigor inusitado combatió los duelos el cardenal Richelieu, el *homme rouge* de *Marion Desorme*. La seriedad y peligro de aquellos lances explican las terribles penas que creyó necesario imponer el ministro de Luis XIII. Hoy, á la verdad, sin que deje de surgir de tiempo en tiempo alguna sangrienta lucha singular, son muy escasos los estragos que hace el duelo en la especie humana. Una puerta abierta que deja paso á una corriente de aire, un albañal destapado, un Panhard de 40 caballos, un jamón con triquina son doblemente temibles y trágicos, si se miden las tragedias por las bajas que ocasionan en las filas de nuestros semejantes. El duelo es además—por ahora—enfermedad masculina, pero no compensa los peligros del alumbamiento, lactancia, etc., y todavía, si se mira bien, resulta más intrépida que su amo y señor la mujer, que lo arrostra.

Esto mismo tuve ocasión de decir al barón de Albi, activo y meritorio propagandista antiduelista. Hay otros males doblemente graves en el estado de Dinamarca; pero cada cual remedie ó intente remediar el mal que percibe y le afecta... No se puede exigir más ni menos á un hombre honrado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí, sobre mi mesa, un libro que el autor me envía, no sin anunciarme antes que me aburrirá su lectura. Yo (por el contrario) lo hojeo con interés de curiosidad viva, pues trata de «torneos, jinetes, raptos y desafíos», y encuentro en él datos acerca del origen tradicional de nuestras actuales ideas respecto al honor social caballeresco. El autor de este interesante opúsculo, primorosamente impreso, es mi erudito amigo D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

* *

El solo nombre de *torneos* suscita ideas poéticas y hace entrever un mundo heroico y despreciador de la vida. Por eso, nos dice Leguina, la época más floreciente de los torneos fué la de las Cruzadas. El torneo era una *muestra*, un simulacro; el batallar incansable en los campos y en los desiertos de Siria y Palestina, se remedaba y ensayaba jugando en el cerrado palenque. Era el recinto del torneo el sitio donde se lucían y ostentaban las galas y bizarrías bélicas: allí las armas blancas listadas de oro, las sobrevestas de recamo, los ricos jaeces, las elegancias afeñinadas del vestir de los pajecillos; allí las rizadas plumas, las ondeantes garzotas, las armaduras prolijamente realzadas, las bandas bordadas y los relucientes yelmos. Tan roto y empolvado como va el campeón en días de batalla, tan pulido y galán se muestra en el torneo, bajo los ojos de la mujer que ha de juzgar de su valor y discernirle el lauro y la recompensa.

En los torneos, las armas usadas eran *cortes*; es decir, no herían: las espadas tenían la punta roma. Sin embargo, cuando no se trataba de justar, parecer y lucirse, sino de algún empeño de honra—como la vindicación de Elsa de Brabante,—el torneo se convertía en liza, y las armas llamábanse de muerte.

De estos torneos encontraremos hoy vestigios y reminiscencias en los *sports*: los *campeonatos* tienen

Era tomayo en ho gente aristoc alegre lificati artista so de anima armón la rego —cua— á la ui Jos mucho de su ración bueno en est le pos pierna Mil destin chos : lón, p triunfo hubie plazo anima cerse peric era K nista, los hc señori espiñ tamer dad a del or radica viliza meda